

# Diego, siempre Diego

Sebastián Rodríguez

Esto es nuevo para mí, nunca pensé que iba a escribir sobre fútbol. Y aún cuando admito sin pudor mi carácter novato, carente de toda pericia sobre la técnica del deporte en cuestión, no es extraño que pase a ser motivo de sorna cuando alguna leve opinión al respecto asoma de mi paladar. Tal parece que “ver” mucho fútbol otorga, por ósmosis ocular, una capacidad analítica legitimada además por una cuestión identitaria, la del hincha. ¿Cómo se puede opinar sin tener una adscripción reconocible o sin haber mamado domingo tras domingo el derrotero de algún club del corazón? De cualquier forma, los que nos dedicamos al análisis de la sociedad y de la historia, estamos acostumbrados a recibir impugnaciones de esa calaña (verbigracia ¿“vos qué sabés si no lo viviste?”) y ya no nos detenemos a desmembrar la natural endeblez de tales afirmaciones.

Por otra parte, opinar sobre la Selección Argentina tiene un aditamento que lo sume a uno en la banalidad superficial para quienes sostienen que el único fútbol verdadero es el del torneo local. Cierta leyenda estipula una ligazón cuasi mecánica entre el hincha de la Selección y la carencia de la verdadera pasión futbolera. Para colmo, alguien postuló a Roberto Giordano como el hincha prototípico de la albiceleste, y eso sitúa a la gente como yo en un abismo difícil de remontar. En fin...

Así las cosas, no queda otra que partir del subterráneo de la opinología del fútbol. Podría entonces intentar salvar los escollos valiéndome de mi posición “académica” y ensayar así sobre el carácter sociológico del deporte más popular de la Argentina, y de este modo saltaría con cierta holgura las trabas mencionadas. Podría, también, abordar la cuestión desde la racionalidad más mecánica, lo cual haría que mi “falta de pasión” fuera fácilmente reemplazada por un dejo de iluminismo capaz de explicar cualquier hecho deportivo desde la estrategia mecánica o la física cuántica. Incluso discutir el trasfondo político de esta Selección, plantear el apoyo abierto de los jugadores y el cuerpo técnico hacia la causa de las Abuelas de Plaza de Mayo (nuestra causa, la de todos), o el entrevero generado por un Maradona saludando la decisión de Cristina Kirchner de terminar con el monopolio de la transmisión del fútbol, o incluso analizar el clima de festejo que hubiera implicado una vuelta olímpica en Sudáfrica traduciéndose en una posible bienaventuranza eleccionaria para el actual gobierno en 2011; tantas cosas....

Pero no. Aún desde las complejidades de mi posición, y contra cierta muralla de contención pasional-futbolera que veda el ingreso a los que sólo cada cuatro años lloramos el resultado de un partido, elijo escribir sobre esas pasiones, desde esas pasiones, a favor de esas pasiones, y fundamentalmente, con esa pasión.

Lo cierto es que no es el primer mundial que me genera cierta ansiedad, pero claramente este en particular la exacerbó hasta un punto desconocido. Fueron varios los días en que miraba el calendario, obligándole sin resultados a que tomara velocidad para llegar a la fecha prevista. Ni hablar del debut del equipo. Algo así como un vaticinio de que algo trascendente estaba por ocurrir, una premonición de grandeza, de gloria, todo esto, naturalmente, injustificado desde todo punto de vista más o menos inteligible. También, hay que reconocer, se planteó una interesante plataforma de militancia futbolera en los meses previos al certamen a partir de esa sensación ya

instalada de que todo lo que execra la cloaca mediática carece de sustentabilidad y la percepción de que apoyar al conjunto dirigido por Maradona contenía alguna forma difusa de militancia contra los gigantes monopólicos. Aquí podría uno detenerse y analizar un fenómeno por demás curioso, cargado de simbolismos y metáforas. Y seguramente algo de eso hay... Pero también es cierto que por pura discrepancia estomacal, a esta altura las afirmaciones de Jorge Rial, Mirta Legrand o Magdalena Ruiz Guiñazú se consolidan como antítesis imposibles de ignorar.

Amén de este trasfondo, hubo algo particular que se hizo presente con fuerza, sobre todo en el carácter cinematográfico que empezó a cursar el derrotero de las eliminatorias. Un Diego asumiendo una conducción desbaratada por la falta de juego, de jugadores, de liderazgo, de motivación y vaya uno a saber cuántas internas políticas del fútbol argentino; una campaña que comenzó prometedora y que rápidamente se inundó de dudas tremendas, como la aparentemente irreversible tragedia de que la Argentina no llegara a participar del mundial luego de una derrota histórica contra Bolivia en la altura del altiplano. Y cómo olvidar aquél anochecer guionado y pensado para competir en la noche de los premios de la Academia, en la que un Titán amado por millones, besaba, bajo la lluvia torrencial, el recuerdo tatuado en su brazo de su hijo perdido, abriendo los brazos al cielo y reviviendo la gloria ensuciada, embarrada por el cinismo periodístico, por el sentir revanchista de una clase media moldeada en las sentencias condenatorias de la moral pacata. Ese mismo día llegué a escuchar, horas antes del partido un tremendo “ojalá que hoy pierda Argentina, porque me quiero divertir”. Para mis adentros, atacué el argumento enrostrando que tal alegría se impondría por sobre miles, millones de lágrimas de un pueblo no tan “iluminado” como la percepción del crítico, que el quedarse afuera del mundial solo podía ser irrelevante para quien la vida deparase alegrías cotidianas, frente a las angustias de un pueblo curtido en la miseria cuya única esperanza de redención estaba quizás en la victoria de su camiseta, adorada con pasión inmensa e infinita. Conjuré mi odio hacia tal afirmación imaginando incluso una golpiza descarnada, pero sólo atiné a mirar con el filo del ojo y dejar picando un simple “no digas boludeces...”

Algún ojo fílmico, presenciando toda esa situación, habrá sin duda ajustado los detalles del relato para asegurarse de que no faltara una suficiente cantidad de destellos relampagueando sobre un fondo plomizo, una cortina de agua que empañaba todo, hasta la mediocridad de una jugada digna para el olvido si no hubiera zanjado una cuestión de vida o muerte, y por qué no, una música de fondo triunfal y melancólica a la vez, triste pero esperanzadora, que muchos quisimos escuchar como parte de una escena imborrable, de un grito agónico que en un minuto “prestado”, logró lo impensable. Argentina entró al mundial ese día, no en el partido posterior donde realmente se resolvía el resultado contra Uruguay, sino en ese estadio Monumental, cuando ya no quedaban dudas de que lo imposible empezaba a ser el camino a recorrer.

Es que el fenómeno mundialista, a diferencia de los torneos locales y las ligas nacionales, contiene cierta épica con raíces tremendistas. Quien pierde –salvo en primera ronda, y hasta ahí nomás– se va. El sueño dura hasta que la red se infla en el arco propio y de allí en más, todo es tristeza y volver a andar un camino que dura muchos años. El fútbol tiene una y mil revanchas, salvo en instancias decisivas. Aquí, un gol es el pasaporte directo al hogar, hasta el próximo si es que las

eliminadoras (cada vez más duras, por cierto) lo permiten. Todo o nada, sin medias tintas, apocalíptico, un espectáculo capaz de estremecer al más cauto. Dentro de la cancha se recrea la batalla dramática de la vida y la muerte. El adiós es irreversible y llega de la forma más inesperada, y eso torna el conteo del reloj en una metáfora agónica de final abierto de la batalla que solo puede tener un vencedor.

Sumemos cierta ironía que termina de pincelar un cuadro cargado de cuestiones fortuitas e inmodificables, para señalar que, por un segundo, se suspenden las reglas del capitalismo que cincelan los torneos de fútbol locales: Los clubes compran y venden jugadores, arman estratégicamente sus ejércitos, especulan con las leyes del mercado, construyen sus posibilidades deportivas en función de las habilidades contables. Aquí, cada quien juega en el equipo que le tocó, a suerte y verdad, de acuerdo al lugar donde sus progenitores decidieron afincarse a la hora de romper bolsa y cachetear el culo del neonato. Es tragicómico, en este sentido, ver a jugadores de la talla de Cristiano Ronaldo, Didier Drogba, o incluso Samuel Eto'o, jugar en equipos que quizás estarían disputando la promoción luego de un torneo catastrófico en la liga de la AFA. O angustiante, ver a un Zlatan Ibrahimovic mirar el mundial desde su lujosa mansión, por haber visto la luz en Suecia en lugar de España, Inglaterra, Italia o cualquier país que hubiera podido conformar un equipo a la medida de su participación. Cosas del destino, no del mercado.

Claro que no podemos obviar las particularidades nacionalistas de un mundial. La camiseta representa años de construcción de identidades nacionales, forjadas en la fragua de las vivencias de un pueblo, en guerras, en revoluciones, gestas, hambrunas, sufrimientos, dictaduras o prosperidades. La nacionalidad, el nacionalismo, entidades tan complejas pero tan simples a la hora de hurgar en el ser social y colectivo. Podemos analizar una y mil veces la construcción de la Nación, los mitos fundadores, los aniversarios y la escolástica de los monumentos y las normativas sociales, pero todo se deshace ante un hecho tan simple como el momento en que esa construcción pasa a tener vida propia y se pone en juego simbólicamente. Dos equipos que se enfrentan en un juego que no es sino una metáfora de la guerra, a veces entre hermanos (las más dolorosas), a veces entre rivales históricos y odiados (el imperio contra los subyugados países tercermundistas). Y allí es donde también, el escenario propuesto tiene la potencialidad de tergiversar las relaciones de fuerzas, donde Ghana reta a duelo a una Alemania arrogante, con su carga imborrable de segregación, donde Paraguay le enseña a España que la conquista y la ignominia no han podido borrar el orgullo charrúa, y donde, cómo no darle un lugar privilegiado, metáfora de las metáforas, signo de los signos, Maradona insulta al águila imperial de una manera insolente y maravillosa. Y no una, sino dos veces, torciendo las reglas del torneo y empujando la pelota con la mano primero, y para no dejar dudas de la infinita magia de la redención posible, un gol para tallar en la retina del mundo que atestiguaba cómo un "pequeño hombre" (stop that little man, somebody stop him!!!!, rezaba desesperado el relator de los medios ingleses) derribaba al acorazado, dejando atrás a uno por uno, cobrando velocidad en cada gambeta. Todos los argentinos lloramos, fuimos la mano de Maradona, fuimos el corazón que empujó a esas prodigiosas piernas, y todos fuimos los puños en alto para vengar la muerte de nuestros hermanos, la humillación de la usurpación colonialista. Una guerra florida, un carnaval que por un

instante invirtió el mundo de lo posible. Es una imagen inolvidable para mi, haber visto a mi viejo (hombre a-futbolístico si cabe tal expresión y en general bastante antimaradoniano en sus expresiones) en aquél 1986, desgañitándose con los dos goles, blandiendo la mirada furiosa, salivando insultos a los ingleses, como lamiendo una herida propia, siempre sangrante pero en aquélla tarde, con gusto albiceleste.

Y este es el centro de todo el asunto. Ese pequeño hombre, como todos, ese gran hombre, como ninguno, Maradona, Diego, El Diego. Y aquí el meollo de la cuestión. Toda la historia del fútbol argentino, toda, no la de los últimos años, se condensa de una manera laberíntica pero inexorable en su persona. Y si el fútbol en la Argentina es constructor de identidades nacionales, portadora de contradicciones, arrogancias, fracasos, no hay más remedio que concluir que por carácter transitivo, El Diego sintetiza buena parte del drama de la argentinidad. Ese eterno caer y levantarse, morder el polvo, la humillación, la gloria máxima, los claroscuros, la transparencia del pibe de barrio, la ilusión del “cebollita” de jugar un mundial y consagrarse en primera, el rey del mundo, Dios, ese Dios humano, al decir de Eduardo Galeano, ese Dios que nos representa porque es uno de nosotros, no inmaculado sino sucio, contradictorio, lleno de miserias y de grandezas. Y también, como supo serlo Evita, el abanderado del pueblo postergado. Diego nunca se olvidó de sus raíces, es más, siempre las reivindicó. Sus aritos de diamante, su tapado de zorro blanco, no solo adornaban sus orejas ni abrigaban su cuerpo, sino que al mismo tiempo, también vestían a todos los de su clase. Hermoso gesto, casándose en el Luna Park con su noviecita eterna, La Claudia, los dos de riguroso traje ceremonial, deteniéndose antes a comer una porción de pizza en Las Cuartetas, con la mano. Quien no hubiera querido ver la cara de los invitados de lujo, cuando promediando el vals arribaban los colectivos con su gente querida de Villa Fiorito.

¿Quién no se sintió representado en aquél maravilloso exabrupto luego del triunfo ante Uruguay? ¿Qué clase de moralina pacata se horrorizó cuando sin ningún tipo de emoción violenta, se sentó serenamente en el estrado de la conferencia de prensa, volvió a ponerse de pie para saludar con un beso a cada una de las promotoras que estaban trabajando como “escenografía” del evento, regresó a su silla y con la misma tranquilidad mandó a todo el arco de vociferantes irrespetuosos de su persona y del sentir del pueblo, a chuparla? Una vez más, gracias Diego, por ser la voz de tantos.

Claro que sobre toda esta cuestión se montó la tan trillada discusión acerca de las condiciones de Maradona para ser técnico, cuando no tenía credenciales suficientes para dirigir la Selección. Una vez más, el criterio academicista, burocrático para desestimar la experiencia y la praxis en virtud del pizarrón y la biblioteca. ¿Cuántos técnicos vistieron la camiseta en cuatro mundiales de la Selección mayor, llegaron a la final en dos de ellos y alzaron la copa en uno? ¿Cuántos cursos se necesitan para igualar la visión de la cancha del mejor jugador de todos los tiempos? “Maradona niega como técnico lo que fue como jugador, indiscutible, por cierto” (menos mal, al menos ese último reconocimiento que en cualquier momento también va a ser puesto en tela de juicio). Qué carente de realidad, una escisión asombrosa, esquizofrénica. No existe un Maradona así y otro asá. Sólo hay uno, el mismo, el jugador y el técnico, la continuidad de uno en el otro, abc de la dialéctica.

Y aquí habría que sumar otro elemento infaltable en la ilusión construida en este seleccionado en particular, y tiene que ver sin dudas con la aparición de Lionel Messi como renovada esperanza. A decir verdad, Maradona moldeó el fútbol argentino y lo colocó en lo más alto de los podios competitivos por casi 20 años. Todos nos acostumbramos a esa realidad, y de pronto, su expulsión en 1994 donde nos cortaron las piernas y la ilusión a todos, 1998, 2002, 2006... Fue duro aprender a que el equipo argentino pasaba a ser solo uno más, cierto, entre los grandes, pero uno más, sin aditamentos excepcionales. Se probó todo, la experiencia de un Coco Basile, la estrategia matemática de Marcelo Bielsa, el profesionalismo de José Pekerman, la rigurosidad y conducción de Pasarella, todas fórmulas válidas hasta cierto punto, pero sin el componente esencial. Hasta que la magia pareció reencarnar. Messi no es uno más, ciertamente es un fuera de serie, un dotado, basta ver sus goles en paralelo con los de Diego para vislumbrar a un émulo. Otra personalidad, otra garra, otro corazón, quizás, y sin dudas, otro contexto. En ese sentido, su nulo paso por el fútbol local, su extracción de clase media, su personalidad introvertida, elementos que conspiran contra la construcción del ídolo popular. Para mal de peores y peor de males, el chico nunca rindió con la camiseta albiceleste ni un cuarenta por ciento de lo que supo hacer en su club Barcelonés. Aún así, hubo cierto renacer en los pies de "la pulga" que logró convencernos de que otra "era Maradona" estaba al alcance. Faltaba algo, quizás su aceptación popular. Claro que en este tipo de miradas, cada uno ve lo que quiere ver, Seguramente es un tanto forzado pretender que Diego en el banco y Messi en la cancha era una forma distinta de ver a Maradona jugando, pero también es muy tentador imaginar que la única posibilidad de que Diego pudiera dirigir una equipo fuera tener en la cancha alguien con la habilidad de resolver las jugadas como él mismo lo hubiera hecho. Cabeza y piernas, uno en el banco, otro en la cancha. Es allí donde se produce la conjunción, la adopción, el padrinzago y la tutela. De la mano de Diego, Messi fue aceptado por el pueblo y con una generosidad increíble, en lugar de temer por su leyenda, Maradona la consolidó ungiendo al pibe rosarino como su sucesor y heredero. Otra vez, la ilusión y la magia, la habilidad y la pasión dentro de una cancha representando nuestra argentinidad. Otra vez Diego pisando el césped con sus propios pies y con los de Messi. Todas las condiciones dadas para un albor Celeste y Blanco. ¿Hace falta sumar a la película, el capítulo Martín Palermo y su gol contra Grecia en diez minutos de actuación, debutando a los 36 años en un mundial (otro record para el hombre Guinness), lagrimeando de emoción y haciendo llorar a hinchas de Boca o de River sin distinción cuando estrechaba el abrazo sin fin con su querido técnico, quien confió contra viento y marea en el sello predestinado del hombre-gol. Otra vez Martín, otra vez el gol, otra vez la magia épica de una película sin fin.

Pero el fin llegó y antes de lo esperado. Quizás por eso la decepción, la angustia de verse superados, las lágrimas sin consuelo ante un rival poderoso, impiadoso, que hizo tronar la sentencia de manera tan contundente. No podía ser de otra manera. En la "película Maradona", la vida y pasión de todos los argentinos vuelve a tener un final preestablecido. No hay buenas películas con final feliz. Otra vez el signo de la tragedia, de la derrota, otra vez la lona es nuestra y la miel en boca de otros. Pero ese dramático acontecer es lo único que permite el renacer de una leyenda, una y otra vez. Diego puso en juego todo, pateó los laureles sobre los que hubiera podido descansar eternamente para cargarse la piedra de Sísifo. Otra vez se vistió de David, y con su

magia quiso enfrentar la eficiencia táctica, el tiempo infinitamente superior de preparación de un equipo que contó con sus jugadores cuantas veces quiso. Y perdió, como estaba escrito, aún cuando lo imposible se escondía como esperanza risible ante una certeza matemática. Se impuso la eficiencia, la racionalidad, la justeza.

El final de la película épica es un final desgarrador. Y ahora, el corifeo de imbéciles reclama la cabeza del mito. Pobres, tratan de combatir sus propios fantasmas, ahogar una leyenda sin saber que la fortalecen. La mística no muere, no tiene quien la mate, renace todo el tiempo, de ahí su carácter popular y humano. Veinte mil personas, en representación de veinte millones, fueron a abrazar a los guerreros heridos de muerte y a su conductor, porque la derrota es parte de nuestra tragedia social, somos argentinos moldeados en el polvo de la miseria, y los golpes no nos matan porque nos aferramos a la magia de las utopías. Pisotear hoy a Maradona es un escupitajo mortal a nuestras esperanzas de redención, algo que sólo podemos hacer si estamos dispuestos a sumirnos en la oscuridad.

Hoy se impuso la eficiencia por sobre la magia, pero seamos cautos, porque sabemos que sólo contamos con esa magia utópica y esperanzadora. Sin Diego, no hay magia porque en él somos todos empujando a base de sangre y tripas una lucha desigual. Si la redención es posible, ésta empieza cuando se hace carne, y en el microcosmos de un estadio de fútbol se jugará entonces el simbolismo de lo que queremos ser como pueblo. Si no podemos ver eso, si solo pensamos que fue un partido de fútbol, entonces sí, podemos perdernos en la maraña sin sentido de criticar a un Otamendi, o a un esquema de 4-3-3 en lugar del más eficaz 4-4-2. Da igual entonces el mundial de Vóley, o el de Pato, deporte en el que sí, tal parece que somos invencibles.

Nos quedan algunas chances. Quizás Messi entienda y haga propia la sensación de que juega con la habilidad propia, y con la magia del 10. Solo tiene que saber que sus poderes son prestados, que él es el renacer de una época, que por sus pies pasan las ansias de un hombre que lo inviste como su continuador para que tenga vida la dramatización épica de una Nación. Solo a través de ese convencimiento, quizás, volvamos a vivir años de pasión, de fervor, de mística perdida.

Lo último... gracias Diego, tus lágrimas son mías, son del pueblo.

Sebastián J. Rodríguez, Buenos Aires, 7 de julio de 2010